

fueron, descansando ahora en el centro de esta gran ciudad que es enteramente obra suya, y en la iglesia de un hospital que él igualmente dotó y fundó: de modo que así viageros como naturales no pueden jamas fijar la vista en aquel sepulcro sin llenarse interiormente de veneracion hácia los despojos del héroe que encierra, ni pensar nunca en sus estrepitosas y difíciles conquistas *sin acordarse al mismo tiempo de su compasion, piedad y beneficencia para con los indios que habia vencido.* No me maravillaré yo de que algun lector extranjero, si por casualidad llega á sus manos este escrito, me tenga por escritor apasionado. Pero en este caso le pido encarecidamente, que desconfiando por un instante de las inmoderadas sátiras de sus paisanos, examine este escrito á la luz de una crítica juiciosa y prudente; porque vea que no he proferido expresion alguna *que no esté comprobada con documentos auténticos y de todo punto incontestables.* Mi peticion es justa y un lector amante de la verdad no podrá ménos de admitirla con aprecio." ¿Quién diria á este respetable escritor que hoy sus mismos compatriotas nos veriamos precisados á defender la causa de América y de sus grandes hombres no ya contra enemigos estraños de sus glorias sino contra sus propios hijos?

La revolucion de España es la piedra de escándalo del concienzu-do general. Su alma toda se conmueve, su espíritu firme y dirigido siempre por principios los mas rectos se desconcierta á la sola idea de que un ayuntamiento haya podido ponerse al frente de un pueblo heroico y dar el grito de alarma á toda una gran nacion levantada en masa para conservar una libertad comprada á precio de su sangre mas preciosa y de grandes infortunios. ¡Si fuera una conspiracion fraguada en un *cuero de guardia*, ó un complót urdido en la casa de un *ministro extranjero*, ya variaba de especie; pero un levantamiento en masa promovido por ayuntamientos.....vaya, no tenemos perdon de Dios!

Mas ahí está Breton que dirá cuatro chufetas sobre la revolucion, y con esto se cierra el ejército poderoso cuya vanguardia formaba el Monitor de Paris; hueste de argumentos incontestables ante la cual no hay sino rendir las armas á discrecion. En cuanto al Monitor, aunque periódico oficial, no sabemos que tenga patente de infalibilidad; ántes bien, como quiera que él ha expresado y sigue expresando con respecto á España, la opinion del gabinete de las Tullerías, creemos que su falibilidad deba ser un artículo de fé política para todo hombre que

piense con su cabeza. La animosidad del gobierno de Luis Felipe contra nuestra revolucion toca ya en los lindes de lo ridículo; no pudiendo nuestra nacion rebullirse para romper con sus robustos brazos las ligaduras con que una política transpirenaica quiere sojuzgarla, sin excitar los mas violentos murmullos al otro lado de los montes, y sin que los doctos de Paris no principien el coro de *anarquía, voracidad de empleos, disolucion social &c. &c.*

Pues señor, es el caso, que no queremos ser franceses, y que por mas que vociferen los archi-periodistas parisienses, la España ha resuelto no ser un *satélite* de la Francia, así como en otra ocasion solemne la Inglaterra dijo: „no quiero ser un *apéndice* de la orgullosa nacion"; y por señas que se salió con la suya. Nosotros, esperanza en Dios y en nuestros robustos brazos, estamos en camino de conseguirlo. Este es el crimen que no nos puede perdonar Luis Felipe y por consiguiente su Monitor. En 1836 la revolucion de la Granja vino á desconcertar los benéficos planes que la Francia meditaba para nuestra salvacion, y que, loado sea Dios, no llegaron á verificarse, habiendo nosotros conquistado nuestra libertad por nuestros propios esfuerzos, y como dijo Espartero en Vergara sin necesidad de intervencion extranjera. Esta intervencion nos hubiera encadenado para un siglo mas, y nosotros no podemos méros de agradecer á la Providencia, que en medio de las intrigas de los hombres, haya sabido conducir los negocios á un término el mas feliz para nuestra infortunada nacion.

Breton podrá ser un príncipe en el teatro y nosotros aplaudimos á su relevante mérito; pero en política tambien podrá ser que sea el último y mas oscuro vasallo. Hasta ahora el genio político casi nunca ha hecho alianza con el poético. César y Napoleon, dos de los mas grandes genios en la carrera de la accion que hayan aparecido en la historia, sabian escribir sus acciones: he aquí todo su mérito literario. Pero lo mas comun ha sido ver el genio político ligado con cierta infecundidad intelectual, como ha sucedido con Jimenez de Cisneros, Richelieu y Alberoni. Los tiempos contemporaneos no han venido á destruir esta opinion. Chateaubriand escribiendo sus memorias se encuentra en su propio elemento: su genio se apodera entónces de su presa, y la política parece no ofrecerle resistencia. Tal es la secreta satisfaccion que se descubre en sus palabras al referir sus acciones, que se echa de ver que no está léjos de atribuirse la palma del hom-

bre de estado; mas en realidad lo que es siempre aun ocupándose de la política, es buen escritor; así como fué mal hombre de accion sentado en la silla ministerial. En general los poetas están muy de baja en nuestra edad, y mucho tienen que hacer para rehabilitarse en la opinion como hombres de accion. La política requiere indudablemente cierta poesia, cierto entusiasmo del alma que sostenga al gefe en la penosa lucha que tiene que sostener con los hombres y con las cosas para dirigir la sociedad; mas esta fuerza del alma es muy distinta de la del genio, que por entregarse á su favorita pasion de crear, se arranca á la triste realidad, en donde no encontraría sino una materia endurecida y rebelde, y tiende su vuelo hacia las regiones infinitas, en donde mas cerca de Dios, parece tomar de su boca el *fiat*, á cuyo mágico acento se saltar á sus ojos alborozados toda una creacion.

Pero digamos algo mas directo de nuestra revolucion. Nosotros no nos detendremos á examinar el derecho de las revoluciones. ¿Hay cuestion mas impertinente é infructuosa? Declamar contra ellas es un inocente desahogo que se debe disimular en los absolutistas. Para esta clase de hombres una revolucion no es mas que una intriga, un acontecimiento que se amasa entre unos cuantos conspiradores y que no tiene raiz alguna en la sociedad ó en la historia. Convenimos en que hay revoluciones que no merecen mas nombre que el de intrigas; ¡pero podrá decirse otro tanto de esos grandes movimientos que han agitado á la sociedad europea y americana de dos siglos á esta parte? ¿ha habido algun dique capaz de resistirlas? ¿es el oro el que las ha suscitado ó el ceño de algun príncipe lo que las haya comprimido? Nosotros vemos en su fondo bullir una infinidad de pasiones en la mayor parte de baja ley, y con el aire de gefes, personajes que aunque parecen dirigir las como Júpiter el carro de la tempestad, están sin embargo á sus órdenes como sus mas viles esclavos. Pero de todo esto resulta un movimiento grandioso, una direccion dada hácia ciertos resultados portentosos, que en un espacio de tiempo van á cambiar el aspecto de la sociedad. Esta en momentos tan solemnes no obedece á la voluntad del hombre, sino á la del Inmortal, á la Providencia que la ordena marchar precipitadamente. De las viles exhalaciones de un suelo pantanoso suélense formar en las regiones tropicales las tempestades, de cuyo seno salen esos rayos, estampidos y meteoros que dejan muda á la naturaleza al par que engrandecen la creacion: así del fondo de nues-

tras pasiones, y sirviéndose de nuestra débil cooperacion, hace Dios brotar esos prodigiosos espectáculos, en que combatiéndose todos sus elementos parece destruirse la sociedad, cuando en realidad no hace sino trasformarse. El progreso es la ley de la humanidad, y la naturaleza misma está sujeta á un perpetuo cambio: este progreso es ordinariamente paulatino y latente, pero tambien á veces se esplica con violencia: tal es la orden de Dios.

Un pueblo que se levanta en masa, no cumple con el capricho de ningun caudillo: él sigue sus propios impulsos, y obedece sin saberlo á la mano que todo lo gobierna. España habia experimentado el despotismo, cuando ya empezaba á formarse para la libertad. Sus cadenas le fueron, pues, odiosas, y determina rescatarse de ellas para siempre. Una lucha sangrienta se empeña, no tanto por la sucesion del trono, como por la suerte de los principios. Cuando ya el pretendiente ha huido, y los hermanos que poco ántes se hirieron se han abrazado sobre el campo de batalla, he aquí que España tiembla de nuevo por el premio de tantos sacrificios, por la libertad sacrosanta. Mil ruidos subterráneos, mil cábalas é intrigas, un sistema constante seguido por mano oculta, la influencia de cierta corte cada vez mayor, los empleados y los agentes que se estienden por todas partes como una red de hierro para comprimir á los libres, influir en las elecciones, adulterarlo todo; la reina en fin, en Valencia, y Valencia, nombre de muy mal agüero para la libertad; todo contribuye á estender el alarma, hasta que la ley de ayuntamientos que nos privaba de nuestra mas preciosa franquicia viene á caer como un tizon encendido en medio de un suelo cubierto de combustibles. La revolucion estalla, pero de un modo digno de tan gran pueblo. ¡Bien puedes hoy estar ufana, Iberia hermosa, porque has dado al mundo un bello ejemplo: no eres indigna de la libertad, cuando tambien la supiste velar, cuando tan noblemente la supiste mantener, cuando tus hijos del uno al otro cabo, pacíficos habitantes del campo lo mismo que el guerrero impávido, todos á una dijeron: „queremos ser libres y lo conseguiremos:” no sabemos qué destinos te reserva tu porvenir oscuro; pero sigue usando con parsimonia de tus derechos, que Dios estará contigo, y entonces serás invencible.

La reina se marchó porque dijo que no podia hacer justicia al pueblo. En su manifiesto de despedida lo expresa así terminantemente. Un monarca que se compromete con un partido se ha hecho indigno,

